

Si fueran camellos...

Por Rogelio Serrano Pérez. Foto: Otilio Rivero Delgado

Ni los garrotazos del viento en las pestañas, ni el verdor ausente como las nubes, ni el sol que raja tierra y cielo, nada le mengua el paso. Las pezuñas persisten en el desafío de la arena, firmes, casi temerarias. Nada detiene al prodigioso camello, así puede andar ¡160 kilómetros sin tomar ni gota de agua! Si pudieran hacer lo mismo las vacas de Sibanicú...

Pero sin gibas, sin lluvias, sin pozos y sin suficientes alimentos, las reses sibanicuenses, y de casi toda la provincia, sufren a diario en los desérticos potreros.

DESIERTO SIEMPRE

Sobrevivir. Eso ruegan las pupilas inmensas en los ojos marchitos. Si hablaran quizá maldecirían, ¿acaso no lo hacen con esos mugidos roncós? Cuántas ideas, cuántas preguntas chocan al visitar casi al mediodía la Unidad 14-203 de la Unidad Básica de Producción Cooperativa (UBPC) El Tamarindo, perteneciente a la Empresa Agropecuaria de Sibanicú. Se trata de una vaquería de las levantadas para el Triángulo 2 en los años 80. Comederos, canoas, piso, tanques elevados, naves, casa para el vaquero, todo está cimentado, sin embargo lo único concreto allí es el desaliño.

Comederos, canoas y tanques elevados vacíos, naves de techos ausentes o rotos, casa vacía. Nadie para velar las reses que merodeaban la vaquería y rodean un bebedero en espera del agua en pipa. Es fácil entender cómo le deben 8 000 litros al plan de leche.

“Se ordeña de madrugada a la luz de candiles, porque no hay corriente eléctrica. Presenté el proyecto de electrificar esta unidad y me lo denegaron”, se lamenta Raúl Valdivia Jorge, administrador de la UBPC El Tamarindo, mientras calcula unos 300 metros entre el tendido eléctrico y la finca descompuesta. Sin la electricidad, los pecuarios de la “14-203” tienen que trasladar las plantas proteicas y el forraje, para poderlos moler y darles alimento a las crías. Los seis kilómetros de ida y vuelta se vencen en carretones de caballo.

En unas 80 hectáreas conviven 120 vacas, 19 novillas y 40 terneros, según Raúl Valdivia, para enfrentar la sequía solo disponen de ocho hectáreas de plantas proteicas y forrajeras en estado lastimero que representan la mitad de lo plantado durante el año pasado en la UBPC, que a decir de su administrador, dio “un salto”, con esa cantidad.

La ironía, picarísima, se burla de los ganaderos: “En la seca le pagamos el litro de leche a \$1.20”, revela Valdivia, y cuenta también que a los pecuarios se les ciñen los ingresos por un sistema de pago ajustado a los resultados de la leche, los obreros agrícolas ingresan por la limpieza de potreros y las otras actividades asociadas a la ganadería. Con los \$ 300 que promedian de salario al mes, sin corriente, con el apogeo de las garrapatas en las yerbas secas, quizás el desierto del alma sea más duro de revertir que el de los potreros.

El clamor de la UBPC, insiste su administrador, es por la única pipa que poseen. Montada en un camión remotorizado y con 5 000 litros de capacidad hoy se utiliza para abastecer a las personas, por un pedido del Gobierno debido a la intensa sequía. “Cuando un chofer termina todos los recorridos para la población es un poco engorroso caerle atrás. Ya contamos con cargaderos de agua, no los había; a veces teníamos la pipa, pero no sabíamos dónde buscar agua. Ahora la encontra-

mos a más de 20 kilómetros”, explica Raúl.

¿Es nueva esta situación que hay tanto cabo suelto? No. Declara Manuel Torres Guerrero, director adjunto de la “Agropecuaria”, que en la zona donde se ubica la UBPC El Tamarindo se lidia con la sequía año tras año. Que es al sur del municipio, por allá por la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) Carlos Baliño, donde la escasez de agua ha extrañado a la gente, que deben 2 000 litros al plan de entrega de leche a la industria.

SORPRESA EN EL OASIS

Los guajiros del sur de Sibanicú dicen que ni la seca del 2004 había sido tan brava. Viven, por tanto, historias inéditas. “Me topo al hombre con la cara de desespero arriba del carretón. Le pregunto por su problema, y me dice que anda detrás de agua pa’ la casa. Mientras en mi pozo haya, a tu familia no le faltará, le digo. Así resolvió, un día sí y otro no viene y lleva 100 litros. Él vive como a tres kilómetros de la casa”, comenta Rolando Betancourt Mora, vicepresidente de la “Baliño”.

La situación más crítica, según apunta Rolando, la tienen en la Loma de La Ceiba, pero en toda la cooperativa hay alarma, porque suman 15 las muertes en lo que va de año, hay 10 reses depauperadas y de las pipas y carretones de bueyes o caballos dependen 1 400 cabezas de ganado, el 68 % de la masa total de la CCS.

En las casi dos décadas que Frank Barrueta Peña lleva al frente de la finca Loma de La Ceiba no había visto tamaña sequedad como la de ahora. Hasta el 14 de febrero, cuando en la sede de la cooperativa festejan por el amor, él corta caña sin reparar en que hace un par de meses lo intervinieron quirúrgicamente.

“Ya se me murió una vaca recién parida. Nunca me había pasado, estuve días que no quería ni entrar en la vaquería. No tenía buenas condiciones genéticas, siempre se ponía mal cuando paría, y ahora le tocó en plena seca. No aguantó. Ya le digo (asegura mientras mira sus montes pardos) sin el central Siboney no sé qué fuera de nosotros.



Les traemos cachaza, predigerido que es una mezcla de miel, bagacillo y urea, cogollo... ¡Se hacen unas colas! Todo el mundo por aquí está apretado con la seca”, abunda Frank.

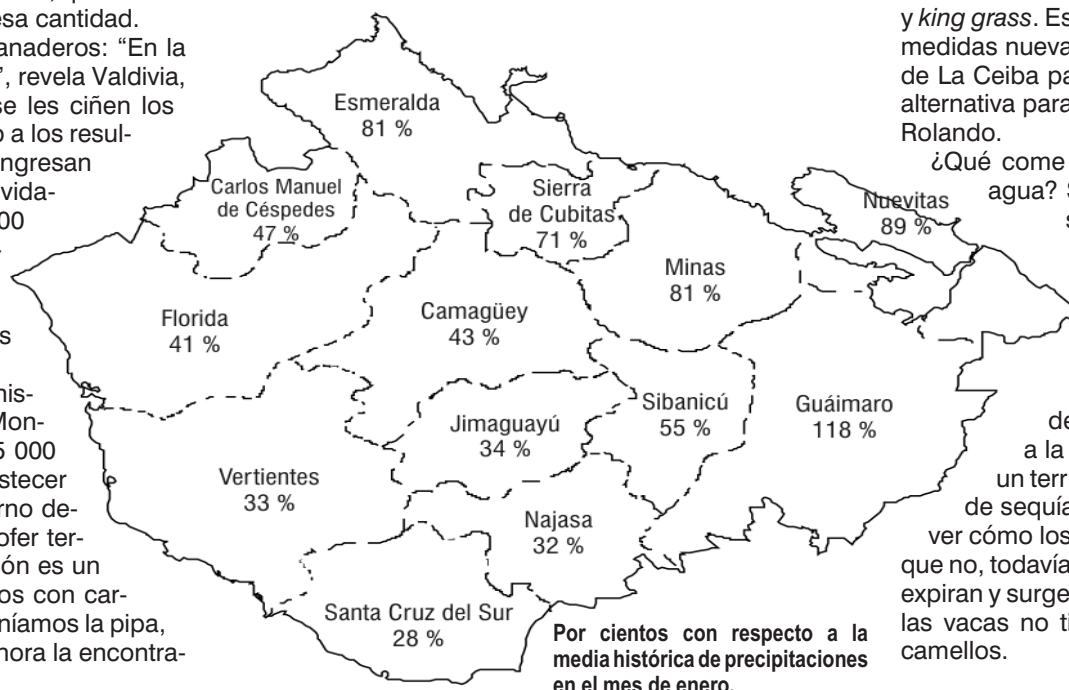
Como este guajiro muchos en la provincia han perdido reses. De hecho, en esa desgracia solo Jimaguayú supera a su terruño. Para que sobreviva el ganado el pecuario pierde su vida y percibe la subvida. A quien dude que repase un día cualquiera de Humberto Barrueta Gómez, vaquero de la finca. Después del ordeño de la madrugada enyuga los bueyes y cruza un kilómetro hasta la presa. Con 98 cubos llena un tanque metálico y vuelve para que el ganado beba. A las 2:00 p.m. repite la faena, no sin antes dar un viaje con caña. El sudor es duro y diario hasta cada anochecer.

La sequía le ha impuesto a Kenia Crespo Expósito, mujer de Humberto, un curso de superación cuya única asignatura es la paciencia. Tiene que esperar cada dos horas para extraer el agua de beber del pozo cercano a la casa, depende de su marido para que le traiga de otro pozo artesanal el agua para limpiar el piso, clama siempre por alguna lluvia que le alivie la polvareda que se cuele por doquier.

En la CCS también aguardan, afirma su vicepresidente, por las lluvias para sembrar plantas proteicas y forrajeras que le permitan enfrentar con desahogo la época seca. Para atender más de 2 000 reses solo disponen de siete hectáreas de moringa, tithonia y morera, y de 25, con caña y *king grass*. Es tanto el daño que avizoran que encaminan medidas nuevas: “Estamos cercando la presa de la Loma de La Ceiba para hacer un centro de recuperación como alternativa para todas las reses de la cooperativa”, apunta Rolando.

¿Qué come ahora mismo este ganado que le falta el agua? Semillas de guásima, algarrobo y marabú, simientes que al primer beso que le dé la lluvia a la tierra saldrán pujantes, sobre todo, las del marabú. ¡Es el ciclo sin fin de la espina!

El cambio climático no es cuento de camino. La zona sur de la provincia, reconocida como la más lluviosa de Camagüey, desde el año pasado hasta este no se parece a la descrita por la historia. Sibanicú no resulta un territorio con valores extremos de mortalidad ni de sequía. Quizá por eso resulte buen ejemplo para ver cómo los que acostumbran a encarar la sequía y los que no, todavía carecen de preparación cuando los pastos expiran y surge el desierto. Hay que entenderlo de una vez: las vacas no tienen gibas, no se pueden tratar como a camellos.



ACTUALIDADES



El cuidado de la ciudad es tarea de todos, no se debe botar basura en las aceras, y menos en la zona donde están colocados los colectores como en la céntrica General Gómez y Cisneros.



Reciclar, siempre una buena opción.



Ya se puede disfrutar de las locomotoras del parque temático de los Ferrocarriles.

Foto: Leandro Pérez Pérez

Foto: Orlando Durán Hernández

Foto: Otilio Rivero Delgado